

.....

 Mas ya te miro huir en lontananza,
 Oigo alegre el adiós de extraña gente,
 Y el buque, lento en su partida avanza.

Todo ríe en la cubierta indiferente;
 Sólo yo con el pecho palpitando,
 Te digo adiós con labio balbuciente,

La niebla de la mar te va ocultando;
 Faro, remoto ya, tu luz semeja ;
 Ruge el vapor, y el Leviathan bramando

Las anchas sombras de los montes deja.
 Presuroso atraviesa la bahía,
 Salva la entrada y á la mar se aleja ;

Y en la llanura lóbrega y sombría,
 Abre con su carrera acelerada
 Un surco de brillante argentería.

La luna entonces, hasta aquí velada,
 Súbita brota en el zafir desnuda,
 Brillando en alta mar. Mi alma agitada
 Pensando en Dios, la inmensidad saluda !



LIBRO II

—

A una sombra.



EN LA MUERTE DE CARMEN

In æternum vale.

¡Tanto esperar!... ¡tanto sufrir, y en vano!
¡Morir las ilusiones tan temprano!
¡Tanta oración perdida y tanto afán!
Así después de bárbaras fatigas,
Ve el labrador quebrarse sus espigas
Al soplo destructor del huracán!

¿Conque es verdad, Señor? ¿Después de tanto
Suspirar por un bien, en el quebranto
De mi lánguida y mísera niñez,
Cuando una dicha me aparece apenas,
De Tántalo al martirio me condenas
Y te enfureces contra mí otra vez?

¿Qué te he hecho yo, criatura desdichada
Que arrastro una existencia envenenada
Por el amargo filtro del dolor,
Para que tú, Dios grande omnipotente,
Así descargues en mi débil frente
Los golpes sin cesar de tu furor?

¿ Mi delito es vivir ? Tú lo quisiste.
 ¡ Ay ! Tú me has dado le existencia triste
 Que me tortura y que me cansa ya,
 Tú que otros séres al placer destinas,
 Una corona dísteme de espinas
 Que el corazón despedazando va.

Tal vez en vano en mi dolor le ruego ;
 Es el Acaso el que preside ciego
 Del oscuro universo en el caos ;
 Él nos destina á bárbara existencia
 Con implacable y fría indiferencia ;
 Es un fantasma la piedad de Dios !

Si blasfemo ¡ perdón ! En mi martiro
 El corazón se abrasa, y el delirio
 Trastorna mi cerebro, sí ; ¡ piedad !
 Soy un amante triste y desolado,
 El astro de mis dichas ha eclipsado,
 Con su negro capuz la eternidad.

¡ Corred... oh !... ¡ mas corred, lágrimas mías !
 Ya se apagó la antorcha de los días
 De mi nublada y pobre juventud !
 Una mujer, un ángel de consuelo
 Fugaz me apareció... y eterno duelo
 Dejóme al ocultarla el ataúd.

Miradla inerte... ¿ comprendéis ahora,
 Almas que habéis amado, por qué llora
 Con lágrimas de sangre el corazón ?
 ¿ Sabéis lo que es una mujer querida

Cuyo amor alimenta nuestra vida ?
 ¿ Sabéis lo que es perderla ? ¡ Maldición !

Es ¡ ay ! perder, el que cansado vaga,
 La única linfa que su sed apaga
 Del desierto en el tórrido arenal.

Es ¡ ay ! perder el pobre condenado
 Que cruzara este mundo, desdichado,
 La esperanza en la vida celestial.

Esa mujer me amó... mis años lentos
 De soledad, de hastío, de tormentos,
 Por ella, por su amor solo olvidé.

Era mi Dios, mi pecho solitario
 Fué de su imagen perennal santuario ;
 Como á Dios adoraba, la adoré.

Cambióse el mundo, para mí sombrío,
 Cuando me apareció, bello ángel mío,
 Riente, puro, dulce, encantador,
 Con su mirada lánguida y ardiente,
 Con el pudor divino de su frente
 Y con su seno trémulo de amor.

Azucena purísima y lozana
 Abriéndose al calor de la mañana,
 Al beso del cefir primaveral.

¡ Oh ! ¿ quién dijera que secar podría
 Aun antes de llegar á medio día
 El sol, su cáliz blandó y virginal ?

¡ Mujer, adiós ! ¡ pudiera yo animarte

Con mi ósculo de fuego, y contemplarte
Apasionada y tierna sonreír!

¡ Verte, en tu seno derramar mi lloro,
Y jurarte de nuevo que te adoro,
Y á tus plantas después, mi bien, morir!

Ángel, adiós... tu alma refulgente
Brilla á los pies del Dios omnipotente,
Y amante aún me mira... desde allí.

Cuando el Señor sonría á tus caricias,
Y te arrebate en célicas delicias,
Ángel... mi amor, acuérdate de mí.

Y cuando cruces el azul del cielo,
Nunca te olvides de inclinar tu vuelo
Á este lóbrego mundo de dolor.

Yo te veré, yo seguiré tus huellas
Entre el blanco vapor de las estrellas,
Y de la luna al pálido fulgor.

Yo invocaré tu imagen bienhechora
Para que me consuele en esa hora
De silencio solemne y de quietud.

Porque ¡ ay! entonces turbarán mi calma
Las negras tempestades de mi alma,
Reliquia de mi triste juventud.

Yo escucharé tu voz en la armonía
De la floresta al despuntar el día,
De las palmas al lánguido vaivén.

Y en la callada tarde solitaria,
Cuando murmure triste mi plegaria

En el Ocaso te veré también.

Del mundo en la borrasca tenebrosa
Tu sublime mirada esplendorosa
Será la estrella que me guíe, mi luz.

Y en mis impías horas de demencia,
El fuego iré á encender de mi creencia
De tu sepulcro en la escondida cruz.

¡ Adiós ángel, adiós! en mi tormento
Mi existencia será solo un lamento;
Mas con tu dulce imagen viviré.

Adiós, sueños rosados, dulces horas,
Dulces como el placer y engañadoras!
¡ Adiós, mi amor y mi primera fê!

1858.





AL PIE DEL ~~AL~~ CALIZ

DEL CALIZ

Transeat à me calix iste.

Vengo á tu templo con la faz sombría
Y con el alma enferma de pesar,
Buscando alivio en la desgracia mía
Junto á la yerta losa de tu altar.

Jamás te importuné con mis plegarias ;
Sufría ,..... y nada te pedí, Señor :
Yo he gemido en mis noches solitarias
Devorando en silencio mi dolor.

Pero hoy no puedo más..... hoy sí te pido
Que termines clemente mi sufrir ;
Un siglo de pesar mi vida ha sido ;
Es mi esperanza única morir.

No me aguarda en el mundo sino llanto,
Misericordia, desengaño, padecer,
Eterno desamor, tenaz quebranto,
Soledad y tristeza por doquier.

Yo no tengo ya objeto en mi camino,
La estrella de mi norte se eclipsó ;
Voy cual desierto buque sin destino,
Que horrible temporal despedazó.

Tú no querrás que viva encadenado
Á una existencia desdichada así,
Por el triste recuerdo atormentado
De la dulce esperanza que perdí.

Ya basta de sufrir ; tras largos días
De pesar silencioso y hondo afán,
Siento acabarse y las fuerzas mías,
Secas las fuentes de mi llanto están.

Tú que concedes á otros en el mundo
Honores, bienestar, oro y poder,
Ten compasión de mi pesar profundo,
Concédeme la dicha de *no ser*.

¿ He de apagar cual bárbaro homicida
La luz que anima mi existir, Señor ?
Jamás lo intentaré, tuya es mi vida.....
¡ Pase de mí este cáliz de dolor !

1858.





EN SU TUMBA

Ut flos ante diem flebilis occidit.

Ayer la ví brotar fresca y lozana
Como una flor que acarició la aurora,
Cuando al primer albor de su mañana
El puro cáliz de su pecho abrió.

Hoy de la muerte á la fiereza impía
Mi pobre virgen se agostó por siempre,
Como la débil flor que al medio día
Sobre su tallo mustio se dobló.

1858.



PENSANDO EN ELLA

*“¿ For why should we mourn
for the blest ?”*

BYRON.

¿ Por qué tanto suspiro y duelo tanto ?
¿ Por qué verter á su recuerdo el llanto ;
¡ Oh, alma mía ! si tus ojos ven
Entre las nieblas del pesar profundo,
Que un condenado hay menos en el mundo,
Y un arcángel hay más en el edén ?

¿ No ves cruzar la imagen de tu amada,
Pura y feliz, la bóveda azulada
Por dó las nubes y los astros van ?

¿ No ves de su semblante los destellos ?
¿ Por qué afligirte entonces por aquellos
Que ya en la luz del paraíso están ?

Mírala va en el cielo : hasta su planta
En tus horas más lúgubres levanta

Tu esperanza cristiana y tu oración.
 Y que renazcan de tu fé las flores ;
 Ella vela por tí ; sufre y no llores,
 No llores más, mi pobre corazón.

1858.



AL XUCHITENGO

¡ Oh, Dios ! ¿ quién me diera volver á esos días
 De goces tranquilos y sueños de amor,
 Y allí en tus riberas azules y umbrías,
 Dormir escuchando tu dulce rumor ?

¡ Qué pronto pasaron mis horas risueñas,
 Mis blancas visiones, mis noches de paz !
 ¡ Qué pronto pasaron, hiriendo halagüeñas
 Mi pecho, á su paso, con dicha fugaz !

Tristísima invoca venturas pasadas
 El alma doliente que gime sin fé ;
 Tristísimas buscan mis yertas miradas
 Allí entre tus bosques al ángel que amé

Tú fuiste de amores felices, testigo ;
 Mi Carmen, tus playas ardientes pisó :
 Su voz escuchaste, tú fuiste su amigo,
 Tu linfa su imagen divina espejó,

Por que ella buscaba tu lecho de flores

Que anima el aliento de un Mayo eternal,
Y el búcaro tibio de blandos olores
Que suave acaricia tu limpio cristal.

¡ Qué tardes hermosas allí en tus riberas ;
Qué dulce es el rayo del sol junto á tí !
Qué sombras ofrecen tus verdes mangueras,
Qué alfombras de césped se extienden allí !

La flor del naranjo la brisa embalsama,
Los nardos perfuman el bosque también ;
El mirto silvestre su aroma derrama,
Y el plátano esbelto refresca la sien.

¡ Oh río ! mi historia de dicha tú vistes,
Allí en tus riberas borrada estará.....
Vinieron mis tiempos nublados y tristes,
Aquella divina mujer..... murió ya !

Tan sólo me queda la dulce memoria
De aquel desdichado, tiernísimo amor,
Cual vago reflejo de pálida gloria,
Cual de astro que pasa fugaz esplendor.

¿ Te acuerdas ? yo iba las flores cogiendo
Más frescas y puras, en pos de mi bien,
Y ella guirnaldas hermosas tejiendo,
Que luego adornaban su cándida sien.

¡ Oh ! sí, ¡ cuántas veces con rojas verbenas
Los negros cabellos joyantes trenzó,

Y al ver en tus linfas azules, serenas,
Su imagen tan bella, contenta sonrió !

Aun nacen las rosas aquí en tus riberas,
Aun cantan las aves sus himnos quizás,
Aun todo contento respira.... y ¿ mi amada ?
No puedes volvérmela, no, murió ya !

Sin ella, ¿ qué vales, qué ofreces, ¡ oh río !
¿ Qué vale ni el mundo, ya muerto el amor ?
No busco ya solo, tu encanto sombrío,
¡ Oh ! déjame, lejos, llevar mi dolor.

¡ Oh Dios ! ¿ quién me diera volver á esos días
De goces tranquilos y sueños de amor,
Y allí en tus riberas azules y umbrías,
Dormir escuchando tu dulce rumor ?

1858.





RECUERDOS

(Á MI MADRE)

Se oprime el corazón al recordarte,
Madre, mi único bien, mi dulce encanto;
Se oprime el corazón y se me parte,
Y me abrasa los párpados el llanto.

Lejos de tí y en la orfandad, proscrito;
Verte no más en mi delirio anhelo,
Como anhela el precito
Ver los fulgores del perdido cielo.

¡ Cuánto tiempo, mi madre, ha trascurrido
Desde ese día en que la negra suerte
Nos separó cruel!..... Tanto he sufrido
Desde entonces, oh Dios, tanto he perdido,
Que siento helar mi corazón la muerte!

¿ No lloras tú también, ¡ oh madre mía!
Al recordarme, al recordar el día
En que te dije adiós, cuando en tus brazos
Sollozaba infeliz al separarme,

Y con el seno herido, hecho pedazos,
Aun balbucí tu nombre, al alejarme?

Debiste llorar mucho. Yo era niño
Y comencé á sufrir, porque al perderte
Perdí la dicha del primer cariño.

Después, cuando en la noche solitaria
Te busqué para orar, sólo vió el cielo,
Al murmurar mi tímida plegaria,
Mi profundo y callado desconsuelo.

Era una noche oscura y silenciosa,
Sólo cantaba el buho en la montaña;
Sólo gemía el viento en la espadaña
De la llanura triste y cenagosa.

Debajo de una encina corpulenta
Inmóble entonces me postré de hinojos,
Y mi frente incliné calenturienta.

¡ Oh! cuánto pensé en tí, llenos los ojos
De lágrimas amargas!..... la existencia!
Fué ya un martirio, y erial de abrojos
El sendero del mundo con tu ausencia.

Mi niñez pasó pronto, y se llevaba
Mis dulces ilusiones una á una;
No pudieron vivir, no me inspiraba
El dulce amor que protegió mi cuna.

Vino después la juventud insana,
Pero me halló doliente caminando
Lánguido en pos de la vejez temprana,
Y las marchitas flores deshojando
Nacidas al albor de mi mañana.

Nada gocé ; mi fé ya está perdida ;
 El mundo es para mí triste desierto ;
 Se extingue ya la lumbre de mi vida,
 Y el corazón, antes feliz, ha muerto.

Me agito en la orfandad, busco un abrigo
 Donde encontrar la dicha, la ternura
 De los primeros días ; — ni un amigo
 Quiere partir mi negra desventura.

Todo miro al través del desconsuelo ;
 Y ni me alivia en mi dolor profundo
 El loco goce que me ofrece el mundo,
 Ni la esperanza que sonrío en el cielo.

Abordo ya la tumba, madre mía,
 Me mata ya el dolor.... voy á perderte,
 Y el pobre sér que acariciaste un día
 Presa será temprano de la muerte !

Quando te dije adiós, era yo niño :
 Diez años hace ya ; mi triste alma
 Aun siente revivir su antigua calma
 Al recordar tu celestial cariño.

Era yo bueno entonces, y mi frente
 Muy tersa aún tu ósculo encontraba.....
 Hace años, de dolor la reja ardiente
 Allí dos surcos sin piedad trazaba.

Envejecí en la juventud, señora ;
 Que la vejez enferma se adelanta,
 Quando temprano en el dolor se llora,

Quando temprano el mundo desencanta
 Y el iris de la fé se descolora.

Quando contemplo en el confín del cielo,
 En la mano apoyando la mejilla,
 Mis montañas azules, esa sierra
 Que apenas á vislumbrar mi vista alcanza,
 Dios me manda el consuelo,
 Y renace mi férvida esperanza,
 Y me inclino doblando la rodilla,
 Y adoro desde aquí la hermosa tierra
 De las altas palmeras y manglares,
 De las aves hermosas, de las flores,
 De los bravos torrentes bramadores,
 Y de los anchos ríos, como mares,
 Y de la brisa tibia y perfumada
 Dó tu cabaña está, mujer amada.

Ya te veré muy pronto, madre mía ;
 Ya te veré muy pronto, ¡ Dios lo quiera !
 Y oraremos humildes ese día
 Junto á la cruz de la montaña umbría,
 Como en los años de mi edad primera.

Olvidaré el furor de mis pasiones,
 Me volverá riéntes una á una
 De la niñez las dulces ilusiones,
 El pobre techo que abrigó mi cuna.

Reclinaré en tu hombro mi cabeza,
 Escucharás mis quejas de quebranto,
 Velarás en mis horas de tristeza
 Y enjugarás las gotas de mi llanto.

Huirán mi duda, mi doliente anhelo,
Recuerdos de mi vida desdichada;
Que allí estarás, ¡oh ángel de consuelo!
¡Pobre madre infeliz..... madre adorada!

México, 1858.



LIBRO III

—

Cinerarias.